

pechoso al Gobierno y éste se dirigió entonces para la ciudad de Monterrey.

El 16 de Febrero, el referido Vidaurri se pronunció y atentó contra la vida del Presidente de la República y de todo su Ministerio; pero las masas populares se agruparon en torno del legítimo representante del Gobierno, lo defendieron, lo proclamaron y lo respetaron. Vidaurri, acobardado con aquella reacción tan rápida como enérgica, tan admirable como sublime, huyó vergonzosamente de Monterrey la noche del 25 del mismo mes de Febrero.

El Gobierno de la República permaneció en aquella ciudad hasta el 12 de Agosto de 1864 en que salió para Monclova, obligado por el pronunciamiento de la guarnición del mismo Monterrey.

Quiroga, ese otro infidente que con un acto infame correspondió á la acción generosa de habersele perdonado sus anteriores hazañas, resolvió cometer una nueva deslealtad. El día 12 en la mañana alcanzó al Señor Juárez en el camino y quiso hacerlo su prisionero; pero la escolta que acompañaba al ilustre peregrino hizo una resistencia heroica y tenaz y el Sr. Juárez pudo llegar al pueblo de Santa Catarina, en los momentos en que la referida escolta, extenuada por la fatiga y diezmada por el fuego de los traidores, estaba próxima á sucumbir.

En los grandes destinos de la patria hay hechos que realmente parecen providenciales. El Sr. Juárez mandó al Saltillo un correo pidiendo refuerzo al General Negrete y éste ordenó al General Aureliano Rivera, quien después de algunos meses de asediar á la Capital, había ido en pos del Gobierno, que sin pérdida de tiempo se pusiera en camino para Santa Catarina, á fin de auxiliar con sus caballerías al Benemérito de las Américas.

Eran los momentos supremos en que la escolta tenía que sucumbir á la presión numérica y caer inerme en poder de un enemigo ávido de venganzas: el Sr. Juárez se consideraba ya prisionero, cuando aparece Aureliano en medio de aquel desigual combate y sin mas tiempo que el necesario para dar las voces de mando, se lanza intrépido á la cabeza de sus valientes subordinados, y después de reñido y sangriento ataque, pone en precipitada cuanto vergonzosa fuga á las fuerzas del infidente á la patria.

Para dar una idea del riesgo inminente en que se encontró el Sr. Juárez, debo hacer constar que el coche en que iba la respetable comitiva estaba acribillado á balazos y que sin el oportuno auxilio de Aureliano Rivera, la patria habría perdido en aquella memorable jornada el tesoro riquísimo de su legítima representación.

Hubo en aquel combate hechos dignos de cantarse en épicas estrofas y entre otros está el de un sargento de la fuerza de Meoqui, cuyo nombre por desgracia se perdió ya entre la polilla del tiempo que todo lo destruye y todo hace olvidar: el referido sargento fué atravesado de lado á lado por una bala enemiga y al sentirse moribundo, no quiso exhalar el último suspiro sin consagrar también su último pensamiento á la santa causa de que fué digno mártir.

Con la mano derecha puesta sobre la herida de donde salía un torrente de sangre, el heroico sargento se dirigió al coche en que iba el Sr. Juárez y apoyándose con la izquierda en la portezuela del carruaje, pronunció estas sencillas pero elocuentes frases: "*viva mi Presidente; muero por la Patria.*" Y realmente el héroe cuyo nombre se ignora, cayó desplomado á los pies del Sr. Juárez.

¡Sirvale al patriota este recuerdo de glorioso sudario!
A los tres días de la acción de Santa Catarina que la Historia mencionará con orgullo y los mexicanos recordaremos con emoción, un correo dió parte al Sr. Juárez de que una fuerza francesa salía en su persecución: esto pasaba al acercarse á Parras la peregrinación republicana.

Volvía por lo mismo á ser aflictiva la situación, pues el correo aseguraba que los franceses perseguían al Presidente á marchas forzadas, en número de 14,000 hombres.

Aureliano Rivera que estaba al frente de la escolta Presidencial, comprendió que el peligro crecía en magnitud, cuantos escasos eran los elementos de la defensa y se comprometió con el Sr Juárez á salvarlo, si él y su comitiva abandonaban el carruaje en que iban y se ponían en marcha á caballo. Nadie ignora que aquel grupo de patriotas no estaba avesado á las fatigas de la campaña y que exponerse al maltrato del ginete, era un nuevo sacrificio que el deber imponía á los mártires de nuestra segunda independencia.

El Sr. Juárez aceptó la propuesta de Aureliano, de quien también aceptó un caballo manso, y bueno á la vez, para marchas forzadas: violentamente y desmontando algunos soldados, se completaron las cabalgaduras de aquella caravana que montaba en traje impropio de su nuevo medio de transporte: ridículo hubiera sido en otra ocasión ver aquellos ginetes de frac y con capa al hombro haciendo la travesía para Chihuahua; pero en la época y en los momentos de que se trata, aquello era sublime, solemne y magestuoso: Los Sres. Juárez, Lerdo, Iglesias, Balcarcel, Goytia y el inspirado vate republicano D. Guillermo Prieto, salieron de la hacienda de

Zuloaga en aquella lastimosa pero honrosísima situación, llevando como escolta á las fuerzas del General Negrete.

El Sr. Juárez recomendó vivamente á Aureliano que salvara ante todo el archivo de que era conductor el coronel Cisneros y que iba á corta distancia de la respectable comitiva.

Las noticias del correo eran exactas: al amanecer del día 15 del citado Agosto, las fuerzas francesas se presentaron en los suburbios de la ciudad de Parras, cuyo vecindario, entusiasmado con los nobles ejemplos de patriotismo que acababa de admirar y con el concurso del puñado de valientes que mandaba Aureliano, contuvo al invasor todo ese día sin permitirle el paso en seguimiento del Sr. Juárez.

Justo y debido es hacer constar este heróico comportamiento de aquel pueblo que fué en críticos momentos el baluarte del Gobierno constitucional de la República.

Aureliano Rivera, después de poner en salvo al Sr. Juárez y de salvar también el archivo, con cuyas dos cosas prestó valiosos servicios á la patria, levantó el campo y se puso en marcha para el Salado, camino á San Luis Potosí.

Ya tendremos ocasión de volvernos á ocupar de este valiente guerrillero á quien la república debe servicios de importancia.

Oportuno me parece reproducir íntegro el siguiente pasaje que hábilmente describe Don Hilarión Frías y Soto.

“Ese grupo de hombres que llevaban con tanto brío la bandera nacional, siguieron marchando aún, haciendo una peregrinación de trescientas leguas, recorriendo los Estados de Coahuila, Durango y Chihuahua.

“Dos veces avanzó una fuerza francesa sobre aquel grupo, y dos veces retrocedió de una manera inexplicable.

“No puedo describir en todos sus detalles la epopeya de esa última faz de nuestra historia: acaso fué menos gloriosa la retirada de Xenofonte.

“Pero sí me detendré aunque brevemente, dos veces en ese camino, para narrar dos episodios tiernísimos que dejaron un recuerdo indeleble en los que los presenciaron.

“El día 15 de Septiembre de 1864, mientras celebraban los que habían entregado á su patria el aniversario de la Independencia, en la capital de México y demás poblaciones ocupadas por los invasores, en el pequeño pueblo denominado la Noria Pedriseña, perdido allá en nuestra frontera Occidental, el gobierno republicano también solemnizaba ese recuerdo nacional.

“En la pequeña capilla del pueblo, reunidos aquellos hombres llenos de fe y sin que los agobiara la desgracia, oían palabras llenas de entusiasmo patriótico de Manuel Ruiz. ¡Pobres desterrados, que batidos como fieras por el extranjero, pisando los últimos girones del suelo libre de México, tenían aún una invocación que lanzar á la bandera de Iguala!

“Al día siguiente se pusieron en camino, pernoctando en la Hacienda del Sobaco.

“Era el día 16 de Septiembre, día también consagrado á un aniversario patriótico.

“El gobierno lo celebró también con una magestuosa sencillez, al aire libre, cerca de la puerta de la hacienda. Juárez, sus Ministros, algunos liberales que lo acompañaban y los soldados del batallón Guanajuato y de la escolta del Presidente: he aquí toda la comitiva.

“¿Qué había quedado de tanta protesta contra la intervención? ¿A dónde estaba tanto patriota que había jurado morir defendiendo la independencia de la patria? ¿A dónde se hallaban los que se habían enriquecido á la sombra de la República?

“La defección había aclarado las filas republicanas, y muchos se sentaban ya sin rubor á la mesa imperial.

“Sólo aquel grupo permanecía fiel y en aquel desierto invocaba los manes de nuestros héroes, como un grupo de druidas que entonarían sus cánticos de guerra contra los romanos, al pie del dolmen erigido en el bosque sagrado.

“El campo donde se celebraba aquel aniversario era un anfiteatro formado por un círculo de montañas que lo limitaban por un lado: por el otro corría el Nazas. La luna se levantaba en el horizonte como si obsequiara la plegaria de la Sacerdotiza, recortando fuertemente las líneas sombrías de la montaña y riellando en las móviles ondas del río.

“Aquel cuadro era grandioso.

“Los patricios tomaron asiento como un consejo de Natchets; sólo uno de ellos permaneció en pie.

“Era Guillermo Prieto, el trovador nacional que seguía leal y lleno de patriotismo la estela de nuestra mala fortuna.

“Era el orador nombrado para el discurso alusivo.

“De la garganta de aquel hombre salía un torrente de elocuencia: el tribuno estaba á la altura de la situación en aquella tiernísima solemnidad.

“Aquel cuadro era digno de la pluma de Lamartine, del buril de Doré.

“Al día siguiente llegó el Gobierno á Nazas, adonde se resolvió aguardar las operaciones de la campaña que iba á abrirse.”

Si en la vida del benémerito de las Américas, del glorificado de los pueblos de todo el Continente Americano no hubiese otros rasgos que lo enaltecieran, ni otros hechos que lo ensalzaran, el referido bastaría para abrir las puertas de la inmortalidad al héroe y al patriota, cuyas cenizas debieran de guardarse en urna de oro químicamente puro para que todo correspondiera al que en la religión del patriotismo *ha muerto en olor de santidad*.

Juárez pisando las quemantes arenas del desierto y refugiándose en Paso del Norte hasta donde lo arrojó el huracán de la infamia, era el baluarte ambulante del derecho y la fortaleza invencible de la justicia.

El agitado mar de las pasiones políticas llegaba á él

con turbulentas olas, pero retrocedía humillado de que ni siquiera tocaba la planta del gigante que se elevaba tanto en el pedestal de su propia grandeza.

Donde Juárez ponía la planta, allí estaba la República: si hubiera sido posible darle forma al pensamiento, se hubiera visto entonces con asombro que la inmensa mayoría del pueblo mexicano estaba al lado del patriota inmortal. Quizá Juárez fué el único que pudo haber dicho con orgullo: *el Estado soy yo*. Y era cierto, él fué la encarnación del principio, el representante de la causa y el depositario de la honra.

Si ese hombre hubiera abandonado la bandera, la ley de 3 de Octubre hubiera sido justificada y atendiendo á sus considerandos, los defensores armados de la República hubieran descendido á la degradante categoría de salteadores de caminos, como se les declaraba, haciendo creer maliciosamente al pueblo mexicano, que Juárez había salido del territorio nacional.

Pero allí estaba desmintiendo tan grosera calumnia el humilde pueblo de Paso del Norte, guardando la legalidad, como el arca sacrosanta guardaba las tablas de la ley. Allí estaba el Mesías de nuestra redención política repitiendo con su magestuosa actitud las bíblicas palabras: "Hombres de poca fé ¿no vais conmigo?"

La heroica tenacidad de Juárez prestaba en la vía diplomática un servicio de no menor importancia: el hábil Ministro de México en los Estados Unidos C. Matías Romero, podía hablar en aquella nación en nombre de un gobierno legítimo, y como su legítimo representante; y si es cierto de toda verdad que el pueblo armado de la República hubiera triunfado de todos modos y vencido

todos los obstáculos que se opusieran á su marcha triunfal, cierto es también que la influencia moral del gobierno americano precipitó los acontecimientos, debido á las gestiones de nuestro Ministro en Wáshington.

En todas las notas dirigidas por M. Seward á M. Bigelow dándole instrucciones acerca de la política que debía observar y de las medidas convenientes para hacer patente aquella política, se nota el deseo de no reconocer á ningún otro individuo que se presentara á nombre de la República, que no fuera el gobierno presidido por el Sr. Juárez: es decir, para aquel poderoso gobierno la legalidad estaba encarnada en la persona de Juárez, mientras el país no pudiera entrar en la vía constitucional y hacer conocer su verdadera opinión acerca de sus futuros mandatarios.

Como González Ortega había querido dar un golpe de Estado y ser reconocido como legítimo sucesor de Juárez, el Ministro americano fué muy explícito cuando cercana ya la caída del imperio, daba nuevas instrucciones á su enviado Bigelow.

Para robustecer mis apreciaciones voy á copiar de esas instrucciones la parte conducente, subrayando las palabras mas interesantes.

.....

"Semejante acontecimiento (habla de la retirada de las tropas francesas) no puede dejar de producir una crisis de un gran interés político para la República de México. Importa que os encontréis ya en el territorio de la República, ya en un lugar inmediato á fin de que podáis entrar en el ejercicio de vuestras funciones como Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos cerca de la República de México..... Estamos prevenidos acerca de la existencia, en México, de varios partidos distintos de aquellos á cuya cabeza están el Presidente Juárez y el Príncipe Maximiliano; estos diversos partidos no están acordes sobre los medios más eficaces y más convenientes para restaurar la paz, el orden y el gobierno civil de la República.....